

## **ANDRÉ GLUCKSMANN. EL NIHILISMO COMO FACTOR BELÍGENO**

POR FRANCISCO J. FRANCO SUANCES

André Glucksmann nació en Boulogne (Francia), en 1937, en el seno de una familia de judíos alemanes. Sus padres perseguidos por los nazis y condenados al destierro, buscaron refugio en Francia donde nace Glucksmann. Posteriormente se vieron obligados a continuar huyendo. Esta herencia, y el ambiente en el que se educa, crea en el escritor francés una firme convicción antinazi y antitotalitaria. Milita en el Partido Comunista Francés desde los catorce años hasta que la Unión Soviética interviene en Hungría. Participa activamente, desde posiciones maoístas, en el mayo francés de 1968.

Estudia en Lyon y Saint Cloud y trabaja en el Centro Nacional de Investigaciones Sociales (CNRS), ejerce como especialista en estrategia nuclear y en aquellos aspectos relacionados con las guerras y conflictos, donde actúa removiendo conciencias y denunciando lo que considera situaciones de opresión e injusticia.

Escritor y ensayista comprometido, discípulo de Althusser, recibe, así mismo, la influencia de Jean-Paul Sartre y Raymond Aron. Encuadrado en el movimiento de los “nuevos filósofos” donde destaca por su talla intelectual, prefiere definirse como un pensador cuya “filosofía es del día que escribe” como lo demuestra su colaboración en temas de actualidad con artículos de opinión y entrevistas en la prensa gala y de otros países.

Desde que inicia su andadura como ensayista su compromiso político le lleva a adoptar posturas críticas con lo políticamente correcto, a veces impopulares. Así, se atreverá a decir que las bombas de Hiroshima y Nagasaki salvaron muchas vidas; militará contra la guerra del

Vietnam; prestará su total apoyo a los disidentes soviéticos enfrentados a la tiranía de la dictadura del proletariado; denunciará las atrocidades del estalinismo y el totalitarismo de las autoridades chinas; defenderá la instalación de los misiles Pershing en los últimos momentos de la Guerra Fría; se implicará siguiendo las vicisitudes del movimiento Solidaridad en Polonia; alertará sobre la barbarie terrorista y fundamentalista en Argelia ante la pasividad del mundo occidental; respaldará las intervenciones aliadas en Kuwait y Kosovo mostrándose partidario de aplicar el derecho de injerencia; defenderá a los bosnios de la agresión serbia; denunciará la complicidad del mundo libre en el genocidio de Ruanda; y más recientemente, apoyará decididamente la intervención norteamericana en Irak, criticará la postura del líder norcoreano Kim Jong II y muy particularmente atacará lo que considera terrorismo de Estado ruso en sus intervenciones en Chechenia.

La amplia obra de André Glucksmann ha sido traducida a la mayoría de las lenguas europeas. Entre sus ensayos más importantes merece destacar su primer libro, “El discurso de la guerra” (1967), que representa un estudio del fenómeno bélico a la luz de la obra de Clausewitz y Hegel. A su segundo libro “Estrategia y revolución en Francia” (1968) en el que analiza los sucesos de mayo de 1968, le siguen, entre otros, “La cocinera y el devorador de hombres” (1975), “Los Maestros Pensadores” (1977), “Cinismo y pasión” (1981), “La fuerza del vértigo” (1983), “Silencio se mata” (1986), “Descartes es Francia” (1987), “El undécimo mandamiento” (1991), “Ética y SIDA” (1994), “La tercera muerte de Dios” (2000) y finalmente, “Dostoievski en Manhattan” (2002) de especial relevancia por el análisis del terrorismo y su relación con el nihilismo como causa impulsora de su vorágine destructora.

## **EL CAMBIO EN LAS RELACIONES DE FUERZA**

El colapso del World Trade Center representa, para André Glucksmann, un hito histórico que supone un punto de inflexión en las tradicionales concepciones del concepto de violencia, con la aparición de una nueva amenaza: el terrorismo, que surge en el horizonte con una brutalidad extrema y obliga a replantear su concepto habitualmente *fluctuante*.

*Se ha pasado una página. Nosotros viviremos, y nuestros hijos sobrevivirán, en el seno de una historia en la que la explosión de las Torres ha rehecho el mapa geográfico y trazado el horizonte infranqueable de un crepúsculo terrorista de la*

*humanidad. El 11 de septiembre de 2001 siempre habrá ocurrido. Y hay que aprender a medir nuestras emociones y nuestras decisiones a escala de horror mediático y planetario.*

Para el escritor francés, ese punto de inflexión supone un cambio profundo que afecta a las tradicionales relaciones de fuerza que actuaban en la sociedad, pasando a convertirse, de hecho, en *relaciones de daño*.

Según Glucksmann, desde el tratado de Westfalia los grandes Estados europeos combatían, principalmente, por tierras y por prestigio, pero la *capacidad de construir predominaba sobre la capacidad de destruir*, por lo que su supervivencia no corría peligro. Posteriormente, con el advenimiento de los totalitarismos y las guerras mundiales, la capacidad de aniquilación se desarrolló de manera espectacular, aunque esos mismos Estados totalitarios, *Estados de guerra*, ya sea según el modelo propuesto por Hitler o el seguido por Lenin, mantenían una importante capacidad de producción industrial, equilibrando tanto la *fuerza de hacer a la fuerza de deshacer*. En nuestros días, y tras los últimos acontecimientos, hemos alcanzado un tercer estadio: el *nihilista*, que se instala en el triunfo y la primacía de las fuerzas destructoras.

Pero ese cambio es todavía más profundo; en efecto, hasta ahora, el monopolio de la violencia recaía en los Estados que lo ejercían, tanto en tiempo de paz, con mayor o menor intensidad ante sus ciudadanos, como en tiempo de guerra, ante los Estados vecinos. En ese marco clásico de relación de fuerzas, se imponía el riesgo apocalíptico del terror nuclear, sobre el que se edificaba la paz y estabilidad mundial, lo que posibilitaba a los poseedores del arma letal imponer sus razones, si bien, el reducido número de propietarios permitía la mutua disciplina mediante la disuasión recíproca. Tras el atentado terrorista en Manhattan, ese monopolio se desvanece. Desde ese momento cualquier ser humano armado con una simple cuchilla, puede proceder a la destrucción de una parte de la sociedad. La posibilidad de cometer una carnicería secuestrando aviones o atentando contra una central nuclear está al alcance de cualquier iluminado.

*La caída de las “gemelas” cambia el orden internacional. La capacidad de incendiar poco a poco el universo se democratiza a pasos agigantados. Las cerillas cósmicas se venden libremente. El fuego planetario sustituye al fuego nuclear. La antorcha circula al alcance de todas las manos.*

Así pues, hemos entrado en un mundo post nuclear en el que la destrucción masiva no es patrimonio de las grandes potencias nucleares, ni de aquellos países con grandes arsenales de armas bacteriológicas o químicas. De esta manera, el atentado terrorista más sanguinario de la historia de la humanidad nos adentra en *la era del terror sin fronteras*.

La “guerra absoluta” que, según escribe el ensayista francés en “El Discurso de la Guerra”, lleva a su extremo el dinamismo belicoso y busca la decisión radical en el “gran duelo” de la batalla, ya no es una guerra entre Estados que busca la derrota del ejército adversario o la caída del Centro de Gravedad del enemigo; se trata de otro tipo de guerra: “la guerra total”, concebida como la entendió Ludendorff en 1933, esto es: el ataque brutal a las ciudades y el bombardeo sistemático sobre la población para destrozarse *la cohesión anímica* de los ciudadanos generando su subordinación *voluntaria* de manera indefinida.

No nos encontramos ante las grandes batallas napoleónicas de aniquilación en las que se imponía la violencia sin límites. El nuevo objetivo de la fuerza no es la rendición del Estado sino vencer la resistencia de la ciudad; en vez de las fuerzas armadas del contrario lo que pretende es destruir su población. Se trata de una opción estratégica diferente que es, precisamente, la opción preferida de la violencia totalitaria y el terrorismo. Hemos pasado de una guerra entre ejércitos, a una guerra contra civiles, que tiene una importante componente psicológica al *romper el vínculo social* entre los ciudadanos.

*Un proyecto totalitario no se propone tanto destruir ejércitos como producir pánico, un pánico intenso, duradero, que no sólo acabe con la moral de la población sino que inculque además los principios fundamentales de una servidumbre voluntaria sin fin.*

La metrópoli que fue objeto del saqueo y de los pillajes por los vencedores en confrontaciones bélicas anteriores al siglo XX, no había sido, salvo en casos muy puntuales, objetivo de una destrucción sistemática, por lo que normalmente preservó su integridad. Es precisamente a partir de ese siglo XX, cuando esa situación cambia y la ciudad se convierte en un objetivo decisivo con el que se pretende hacer prevalecer el terror sobre cualquier otra consideración. Lo verdaderamente grave es que los hechos constatan la realidad de esa nueva estrategia; las cifras hablan por sí solas y, las últimas confrontaciones bélicas desde la Primera

Guerra Mundial hasta nuestros días, evidencian una espiral creciente en el aumento de muerte de civiles en comparación porcentual con las bajas militares.

Se entra así en una tremenda confusión que envuelve todo el espectro de la violencia, donde es difícil diferenciar al verdadero enemigo que abarca, ahora, un amplio margen conceptual y donde *el espacio de muerte y el espacio de vida se solapan*. Las diferencias entre lo que es batalla y acto terrorista, lo sublime y lo abyecto, lo que es conflicto armado y violencia mafiosa, en definitiva, lo que es guerra y paz se aproximan hasta confundirse.

*Al abolir la diferencia entre tiempo de guerra y tiempo de paz, se instala una violencia sin fronteras —morales, legales, sociales, incluso geográficas y estatales— menos ilógica de lo que suele pensarse. Afirma su lógica de soberanía. Se presenta como dueña y señora, con Dios o sin Él.*

Según señala el escritor francés, todo ha cambiado. La línea divisoria entre la paz y la guerra, entre el campo de batalla y la metrópoli, entre los civiles y los militares, cruza ahora en medio de la población, rompiendo todo lo que encuentra a su paso: las alianzas, los compromisos, los usos y conductas. Por abolir, hasta se han invalidado los seculares enfrentamientos de bloques o grupos sociales homogéneos según su geografía, raza, religión, o afinidad social. Hoy el conflicto muestra la cara de la división, donde todo vale, en un todo contra todos, lo que sirve de caldo de cultivo a las destructivas concepciones *nihilistas*. En definitiva no sólo la extensión del conflicto es diferente sino también su intensidad.

Pero en nuestro desarrollo del pensamiento del filósofo francés, se están relacionando planteamientos y conceptos vinculados con la guerra con otros no específicamente considerados como bélicos pero de extrema violencia, como fue el atentado de las Torres Gemelas, que podría considerarse como un claro atentado terrorista. ¿Es lógica esa equiparación? ¿Existe alguna conexión entre el acto bélico y el atentado terrorista?

Para el filósofo francés la respuesta a estas cuestiones no admite dudas; el atentado terrorista en el centro de New York, representa el punto culminante de la guerra. Estamos ante lo que denomina estado de guerra total carente de toda regulación. La guerra tradicional se modera en su “ascensión a los extremos” porque los propios fines políticos, que determinan el objetivo

estratégico, frenan esa ascensión. En el caso que nos ocupa esa violencia extrema no está limitada ni por esos fines estatales, ni por cualquier otra norma.

## **EL FIN DE LAS IDEOLOGÍAS EN EL NUEVO DESORDEN MUNDIAL**

La desaparición del Pacto de Varsovia nos introduce, en opinión del ensayista francés, en la era del “post”. *El diablo ya no vendrá*. Se han terminado los grandes conflictos geopolíticos propios de la Guerra Fría; las disputas de los poderosos se han trasladado, pacíficamente, al terreno económico, en busca de mayores tasas de crecimiento y desarrollo. Nos hallamos ante lo que Glucksmann denomina el *fin de las ideologías*. De manera irónica e incrédula, subraya el ensayista galo, la humanidad encuentra *por fin el Paraíso en la tierra*.

Para esos optimistas que piensan que se ha establecido la armonía universal, los conflictos presentes no son sino hechos aislados que no empañan la paz mundial; se trata de algo equivalente a *una aguja en un pajar*, desórdenes locales sin influencia en el equilibrio mundial. Esas reyertas y disputas son tan sólo “conflictos de baja intensidad”. Así, lo que acontece en el Cáucaso, en Kosovo o en África, serían únicamente manifestaciones de esos hechos aislados, *vestigios del pasado, bagatelas y naderías, apenas sombras, nubes de verano que se deshilachan*.

Este optimismo exagerado, que hace pensar que el fin de la bipolarización es *un billete para el edén*, es sobre todo aberrante. La división de bloques, con su carga de hostilidad, actuó como elemento de cohesión interna y como marco moderador y contenedor de muchas tensiones en el ámbito mundial. El “todos amigos” que daba la bienvenida a la desaparición del adversario por excelencia y, con ello, a las expectativas de desaparición de la desventura, ha sido producto de una ilusión desmedida.

*Lo que se esperaba no ha venido. La paz para varias generaciones perdió el tren.  
La prosperidad universal no acudió a la cita. Lo que ha venido no se esperaba.  
La bipolaridad disimulaba y disciplinaba una barbarie sin nombre ni rostro,  
dispuesta a ocultarse hoy tras cualquier máscara.*

Lo cierto es que esos denominados conflictos de “baja intensidad”, apelativo que hemos otorgado a una violencia que suponemos no va a provocar el *estallido del planeta*, adquieren el calificativo de “bajo” porque en nuestras mentes sólo ocasionan un *bajo interés*, o la ausencia del más mínimo compromiso; independientemente de que en esos conflictos germine, en su interior, un terror sin límites para aquellos que lo padecen. Ha tenido que producirse un tremendo suceso, una mañana de septiembre en Nueva York, para que empecemos a calibrar que también lo que acontece fuera de las fronteras del mundo civilizado es de nuestro interés.

Una violencia desmesurada y sin control que en la época bipolar se hacía comprensible y creíble bajo pretextos ideológicos, surge, desde los más remotos rincones de la tierra, despojada de connotaciones filosóficas, desnuda, sin el revestimiento y la justificación de las grandes causas de antaño. De esta manera, la violencia, desprovista de *los trajes de gala* de las ideologías, se nos presenta incomprensible, aunque con su máxima nitidez.

Como se indicaba en el apartado precedente, reina la confusión, no hay finalidad, no se esgrimen razones conceptuales sobre el empleo de la violencia. El terrorista ni tan siquiera se preocupa en plantear un por qué, evita el hacerse preguntas para evitarse molestias; el acto más sanguinario se comete con la mayor frivolidad, *la guerra ya no se parece a la guerra, ni la revolución a la revolución; si la locura permanece fiel a su ferocidad, ahora se manifiesta nihilista*. El desconcierto es tal que no sólo no hay respuesta para el terror y el despropósito, sino que tampoco hay pregunta, nos hemos acostumbrado a convivir con el *absurdo*.

Alguno de esos conflictos, o guerras olvidadas, enmarcados antaño, dentro de la espiral de la disputa marxista o anti marxista, adornados en su momento, con la aureola de la lucha por la liberación popular, aparecen hoy, despojados de esos ideales, en su cruda realidad, como focos de violencia que esclavizan a los miserables bajo la presión de un *kalashnikov*, sin otro interés o justificación que no sea la de un puñado de dólares o un trozo de tierra.

Para el pensador francés estas guerras que califica de “tercer tipo” no sólo carecen de sentido sino que resultan *insensatas y provincianas*. En primer lugar, porque el objetivo es reducido y de escasa entidad; los beneficios económicos o la limitada conquista territorial, en nada tienen que ver con la violencia generada por, en teoría, lo que se consideraban elevados ideales de la liberación del pueblo contra la injusticia opresora. En segundo lugar porque, hoy en

día, el desfasado concepto de liberación popular, ha sido sustituido por alegatos a favor de una etnia o religión específica, lo que resta al conflicto la más mínima universalidad.

Lo cierto es que, independientemente de su necesidad, las guerras que se extienden por todo el globo, y que nuestro autor califica de *insensatas*, ponen de manifiesto no sólo la carencia de ideales de tiempos pasados sino, también, la impotencia de los “grandes” para frenar esas matanzas. Para Glucksmann su mera existencia evidencia que esas guerras representan *la instauración de la esclavitud como solución final a los problemas de la modernidad*.

El fin del comunismo, el final de las ideologías, hace planear, en nuestra sociedad, el *nihilismo* como la opción y la postura más deseable. La *pasión por la pasión y la acción por la acción* llevan al *nihilista* a evitar cualquier tipo de reflexión, a plantearse cualquier tipo de pregunta serenamente. Así, para una gran mayoría, la postura *nihilista* resulta la más juiciosa y con más sentido común, en un mundo sin reglas, donde las masas populares se dedican a imitar a las clases dirigentes en su falta de compromiso y en el incumplimiento con la norma establecida. En la posguerra fría el desprecio por los altos valores se ha instalado en la sociedad, mientras los idealistas de antaño se *llenan los bolsillos* de forma inusitada, el héroe actual no es sino un villano que actúa como quiere y toma como propio aquello que le viene en gana.

El comunismo que representaba para buena parte del mundo occidental el enemigo absoluto, y era la encarnación de la maldad, actuó, como ya se ha indicado, de fuerza de cohesión, en torno a él o en su contra, y su desaparición deja un vacío referencial exponiendo a la luz otros males que permanecían ocultos bajo el velo del *fantasma marxista*.

*Tras el comunismo se perfila la amenaza, no menos espectral aunque igualmente viva, del nihilismo. Tras un Marx I, deshonrado y adulado, un Marx II, más ignorado, comienza a asomar por la trastienda.*

Ante este panorama las elites dirigentes no actúan. Se considera que lo que acontece, es algo normal, toda esta situación no es sino el producto de maduración de nuestra sociedad, por ello, en este caos ambiental lo que prima es la conducta de “nadar y guardar la ropa”.

Para el filósofo francés el final de la Guerra Fría ha generado un estado de euforia entre las grandes potencias que les lleva a una negación de la realidad, ocultando los desastres presentes,



en un doble sentido: por un lado con un huída hacia delante, que enaltece un determinado tipo de sociedades, las que él denomina “poshistóricas” y por otro, con un regreso al pasado, ensalzando a otras colectividades, que representan una vuelta a las comunidades tradicionales o “prehistóricas”.

En esas sociedades “poshistóricas” donde prima el *homo oeconomicus*, y donde no tienen cabida las *iras sangrientas*, se persigue exclusivamente los dividendos y el consumo. El *homo oeconomicus* vive en función de su interés, decide siempre de acuerdo a las soluciones más rentables y entre esas soluciones *la guerra y la violencia no compensan*. Es fundamental que el Estado imponga un orden, incluso aunque ello suponga ciertas restricciones, para que la colectividad rica y pacífica pueda desenvolverse con normalidad. Según Glucksmann, este *homo* vive como un parásito, sin compromiso, en una sociedad por la que no hace nada y de la que se aprovecha, y en la que obsesionado por sus resultados económicos, es incapaz de entender el *valor de un disidente*.

En lo que serían las sociedades “prehistóricas” se desenvuelve el *homo religiosus* que actúa disciplinadamente, siempre en sintonía con las tradiciones y costumbres. Esas sociedades demandan que el creyente se constituya como un elemento esencial del orden planetario, donde la misma religión y las tradiciones actúen como elemento de contención de la violencia. Sin embargo, según el escritor francés, todo ello no deja de ser un contrasentido porque se pide a las religiones, por un lado, que permanezcan fieles e inamovibles a sus credos, garantizando la cohesión y la armonía interna, a la vez que se les exige que sean flexibles ante las creencias y axiomas de las otras religiones.

Glucksmann es particularmente crítico con ambas propuestas, aunque tampoco se define, ni orienta al lector por una opción concreta:

*Tanto el triunfo de la razón universal, que hace inútil la guerra, como el retorno de lo religioso, que vuelve a fundar las sociedades y reeduca a los desarraigados furiosos, no son más que soluciones miríficas para disimular un nihilismo rampante. Las buenas nuevas no son nuevas, únicamente reviven los mitos trasnochados del siglo XIX.*

Lo cierto es que el colapso de las Torres ha cambiado todas esas percepciones; cuestionando los nuevos conceptos del “homo oeconomicus” y el “homo religiosus”, empañando el optimismo y la euforia desmedida, y devolviendo la triste imagen de nuestro mundo actual:

*Hasta el 11 de septiembre de 2001, los Grandes consideraban esas agonías (las guerras insensatas) como despreciables manchas exóticas. Las masacres eran “africanas”; las iras, “balcánicas”; las resistencias, “caucásicas”; y las guerrillas siempre lejanas, salvo cuando uno de nuestros turistas era víctima de ellas. Ahora han descubierto que no están fuera del objetivo, algo que un puñado de intelectuales locos no paraba de repetirles.*

Lo que el mundo civilizado pensaba le era ajeno se vuelve como un “boomerang”. El terror que Glucksmann ha denominado absurdo, e intrínsecamente perverso resulta *nihilista*, y se ha convertido en un poder y una amenaza mundial. La violencia de esas guerras absurdas es el resultado de una *única e idéntica “hybris” sin fronteras*. *Hybris* que, empleada ya por los clásicos griegos, representa, como señala Glucksmann, la violencia, el exceso, la desmesura, la trasgresión, el furor...

No obstante, para el pensador francés, la reacción que provoca ese 11 de septiembre es tan sólo parcial. Los líderes del mundo se alinean en una lucha sin cuartel contra el terrorismo, pero un terrorismo que se manifiesta exclusivamente talibán, como si no hubiese Estados claramente terroristas u otros que con prácticas criminales, no debieran ser objeto de atención.

## **EL TERRORISMO EN EL NUEVO DESORDEN MUNDIAL**

Para el filósofo galo lo acaecido en el centro de Manhattan, representa la llegada de un nuevo terrorismo. Se trata del terrorismo *nihilista* en el que el asesinato indiscriminado de civiles justifica el propio acto terrorista. De lo que se trata es de aterrorizar al *público universal*. No hay móvil conocido, nada se sabe, se ignora el verdugo, la víctima, o el arma a emplear. Por ello, cuanto más anónimo es el terror, más dramático resulta y es que la violencia que derribó las Torres Gemelas, es *difusa e intangible*.

Antaño los papeles estaban bien delimitados y eran comprendidos por todos. Ahora estamos ante una guerra sin batallas en la que el objetivo, como ya se ha indicado, no es el ejército del adversario sino la población, la unidad y la moral de los ciudadanos; por eso los ataques van dirigidos contra objetivos simbólicos, ya sean las Torres Gemelas, el Capitolio o el Pentágono. Así, el *nihilismo* se convierte en un factor determinante en el resurgir y la consolidación del terrorismo, al que pensador francés considera desprovisto de razón, reivindicación y justificación.

Es cierto que en su libro “El Discurso de la Guerra” escrito en 1968, el filósofo francés indicaba que tanto la estrategia nuclear, como las guerras subversivas o de liberación nacional, explotan el uso del terror, ejercido sobre el enemigo. Las ideas de violencia y terror van intrínsecamente unidas. De hecho, toda guerra lleva en sí misma cierta dosis de terrorismo. Se trata de amedrentar al enemigo, de forma que el que más miedo produce, vence. El que se encuentra dominado por el terror lleva ya en su mente el estigma de la derrota. *Gana el que más asusta*. Sin embargo, ese terror tiene unos límites; llevado al extremo provoca *la doble ceguera del aterrorizado y el aterrorizante*.

En la guerra el control del terror está bajo la disciplina que impera entre los ejércitos. Cuando se emplea el *terror por el terror*, éste se convierte en una amenaza para ambos bandos. Amigo y enemigo se encuentran sometidos a su control. La propia evolución de la humanidad ha ido poniendo coto al empleo de ese terror, mediante unas “leyes de la guerra” que aunque frágiles y, a veces poco eficaces, limitan el uso de la violencia, protegiendo a la población civil, forzando al respeto de ciertos lugares y limitando el empleo de ciertas armas; esta distinción nos presenta, así, una violencia de carácter *lícito o ilícito*.

El terrorista, por el contrario, actúa a título personal y no se encuentra sometido a disciplina alguna, carece de límites y de fronteras. En esta situación el *todo vale* nihilista conduce a la total liberación del terror que las guerras tradicionales trataban de contener.

*A diferencia del soldado, del francotirador y del partisano, el terrorista absoluto (un Estado, un grupo, un individuo) se considera eximido por principio de cualquier regla. Y con ello deja a la capacidad aniquiladora moderna libre de cualquier límite. Al desencadenar una violencia sin fronteras, de la que de hecho no se libra nadie, al suscitar un espanto que apunta a cualquiera, es decir, a*

*todos, la guerra se criminaliza y el terrorismo internacional se revela como una agresión contra la humanidad. Ello legitima la alianza universal contra el terrorismo entendido, es necesario precisarlo, en su acepción nihilista.*

A esos ingredientes se ha añadido el sin sentido *nihilista*, del mato luego existo, del placer tétrico por el asesinato y el homicidio; lo que evidencia el riesgo de la nueva amenaza terrorista. La exterminación masiva no está ya en manos de las grandes potencias sino en cualquier grupo terrorista y lo más grave, alerta el pensador galo, es que puede volver a repetirse. Los autores volverán a ser exaltados *nihilistas*, independientemente de su credo, que sólo aspiran a dejar su nombre en alguna página de la historia por haber arrasado algún símbolo del capitalismo.

Este escenario supone, de hecho, una situación de estado bélico contra los autores de la matanza y contra todos aquellos que, de alguna manera, han posibilitado su ejecución. En tanto se captura a los terroristas involucrados en el atroz atentado, se puede hacer algo más que sentarse a esperar. En primer lugar, es fundamental reconocer que el *nihilismo* existe y su existencia, no está sólo asociada a una religión específica sino que está extendida por todo el planeta. En segundo lugar, es necesario entender que los asesinos no son un grupo de miserables desesperados, sino mentes bien preparadas y con una alta formación que emplean la propia riqueza de Occidente, que tienen a su alcance, para arrojarla, con su carga mortal, contra las instituciones de los propios países avanzados.

Para el filósofo francés es necesario cuestionarse si lo acaecido en Manhattan, lo que denomina el mayor atentado terrorista de la historia, no está revelando un cambio en las relaciones de fuerzas. La propia denominación del área devastada como “Zona Cero”, que en su día representó el perímetro del desierto de Nuevo Méjico donde se realizaron las últimas pruebas nucleares, y la aceptación generalizada de esa denominación, representa una confirmación de tal mutación. El 11 de septiembre apareció una nueva capacidad demoledora, tan amenazadora como la misma bomba atómica, pero al alcance de cualquiera.

Además, como subrayaba el filósofo francés, en un artículo publicado en el País en mayo del año 2003, esa amenaza terrorista no se materializa exclusivamente en grupos más o menos numerosos, sino que se encuentra, también, institucionalizada en los conocidos como Estados *rebeldes*, que no dejan de ser sino *modernos centros de piratería*. En esos Estados se fomentan tres aspectos que favorecen la expansión de la violencia: un terrorismo atroz y sin límites; la

búsqueda, por todo el globo y a cualquier precio, de los medios que les permita hacerse con un arsenal de armas de destrucción masiva que les garantice la impunidad ante sus actos criminales; y la falta de escrúpulos ante cualquier tipo de matanza, ya sea dentro o fuera de las propias fronteras.

Con intereses a veces coincidentes, en ocasiones contrapuestos, las redes de esos grupos, o de los *Estados rebeldes*, se expanden con permeabilidad, sin barreras ni fronteras, alcanzando todos los rincones del globo.

*A menudo rivales, en ocasiones asociados, Bin Laden, Sadam Husein, Kim Jong II, encabezan una lista de nuevos “poseídos” que promete ser larga. Sus redes traspasan alegremente las fronteras geográficas, ideológicas, y religiosas. Entre el integrismo fanático, el narco-marxismo, el tráfico de armas, el blanqueo de dinero negro y la corrupción a gran escala existen puentes y viaductos. Nada hay que autorice el regreso a un equilibrio de tipo europeo clásico, en el que cada Estado se afirmaba soberano tras unas fronteras consideradas inviolables.*

Por otro lado, lo más grave no es que esta situación se tolere sino que se respalda por, lo que nuestro autor denomina, los *Estados-padrinos*. Apoyando a esos *Estados rebeldes* se encuentran países como Rusia, China, Arabia Saudí o Pakistán.

Pero ¿qué puede llevar a esos grupos a tales formas de actuación? Determinados análisis tratan de incluir entre las causas de los atentados los niveles de miseria que existen en las zonas fértiles de terroristas. ¿Es pues posible asociar el nihilismo con la pobreza como factor desencadenante de los atentados? ¿No será que los atentados denominados *nihilistas* son una muestra de la incapacidad de Occidente en sus relaciones con el tercer mundo? Para nuestro autor el atentado cometido contra las Torres Gemelas lo que demuestra es la dificultad del proceso de occidentalización. Es cierto que cuando este proceso trata de implantarse en ciertas zonas del mundo se produce un choque que provoca muchas preguntas que nadie sabe responder. Por ello, sí se podría establecer que, en ciertos entornos, la occidentalización es un factor determinante en la aparición de los *nihilistas*.

Para hacer frente a esta situación, las poblaciones que se ven sometidas al influjo occidental, pueden seguir dos actitudes: la primera consistiría en adoptar una postura práctica de

admisión y tratar de sacar partido a las nuevas opciones, mientras que los pueblos sujetos a esa occidentalización se conceden el tiempo necesario para tratar de encontrar respuestas a las cuestiones planteadas. La segunda actitud, rupturista, rompe con el desequilibrio que se produce tras el proceso de occidentalización.

La solución al terrorismo no consiste en sentarse y esperar que pase la miseria; es necesario combatir el terror y es necesario hacerlo desde dentro de las zonas de pobreza. En esa lucha contra el terrorismo los países occidentales, después del 11-S, estuvieron de acuerdo en que era necesario hacer *la guerra al terrorismo*, pero empezaron por no ponerse de acuerdo en la propia definición del concepto terrorista. Lo cierto es que parece necesario un periodo de reflexión, que no de inmovilismo, para replantearnos nuestra acepción de ese fenómeno. Pero para nuestro autor la receta parece clara y el culpable definido: el *nihilismo*. Se impone, pues, su derrota si no queremos ser destruidos. Pero, realmente, ¿qué es el *nihilismo*?

## **EL NIHILISMO EN EL BANQUILLO DE LOS ACUSADOS**

Del desarrollo de los apartados anteriores se puede constatar, por diversas referencias, que para Glucksmann hay un culpable o, cuando menos, hay alguien que está obteniendo beneficio y gestionando el desorden y la confusión actual; se trata del nihilismo.

Estamos ante un concepto que cuenta ya con unos cuantos años de antigüedad. La primera referencia que se tiene de su uso se debe a Anacharsis Cloots, en 1793, (“la república no es ni deísta ni atea, es nihilista), el nihilismo no es un término especialmente extendido, por ello, es por lo que parece aconsejable comenzar recordando que según el Diccionario de la Real Academia Española este término representa “la negación de toda creencia, de todo principio religioso, político o social”.

Como primer párrafo de su libro “Dostoievski en Manhattan”, el escritor galo ha seleccionado una cita de Leo Strauss (1941) en el que, desde una óptica distinta a la definición precedente, define el nihilismo como:

*El deseo de aniquilar el mundo presente y sus posibilidades, deseo al que no acompaña ninguna idea clara de con qué sustituirlo.*

Pero ¿qué entiende nuestro autor como nihilismo? Glucksmann establece una doble versión: por un lado lo que él entiende por nihilismo y por otro la versión comúnmente aceptada que, en cualquier caso, considera errónea.

En la primera versión, la que es propia y restringida, el nihilismo *niega el mal, cultiva la ignorancia*. Para explicar esta acepción analiza la acción del 11 de septiembre; en ella, además de los terroristas involucrados en la acción, aparecen otros actores que juegan un papel en el proceso: por un lado aquellos que aplauden a Ben Laden; por otro, el analista que a base de buscar razones que expliquen el motivo por el que se ha producido el criminal ataque, termina justificándolo. Para ambos actores se cumple el más importante principio nihilista: *no hay mal*. Como vemos en esta primera definición, el escritor francés se centra en aquellos personajes que, aunque aparezcan como inocentes, intervienen como piezas fundamentales en todo el proceso nihilista.

En la segunda versión que Glucksmann considera como generalmente aceptada y equivocada, el nihilismo se define como *la ignorancia del bien*, condición que se extiende mayoritariamente en nuestra sociedad y donde cualquier axioma, antaño inmutable, es hoy cuestionable y objeto de debate. En esta concepción encaja, sin duda, la presente idea de modernidad, donde no hay verdades inmutables, donde se ha establecido un universo sin Dios, en definitiva, donde no existe el concepto del Bien.

Aparentemente, y así argumenta nuestro autor, ambas definiciones parecen superponerse. *Si no hay bien, no hay mal* y de la misma manera si no hay mal no hay bien. Para el filósofo francés, esa superposición, se trata de una *falsa evidencia*, de un *error absoluto*, porque tanto la experiencia del bien como la del mal son totalmente diferentes y absolutamente heterogéneas. Se explica más fácilmente esta afirmación recurriendo a la cita de Montaigne: “La enfermedad se nota, la salud, poco o nada”.

Es una opinión generalizada considerar al nihilista como un ser que rechaza cualquier tipo de regla y que actúa sin considerar los tradicionales usos y costumbres, atentando o minando las normas que la propia colectividad se ha otorgado. Su contradicción le lleva a rechazar la religión y la tradición en aras a la modernidad, pero al mismo tiempo rechaza la modernidad por carecer de valores religiosos. Se sirve del pasado para contestar el presente, mientras utiliza ese presente

para renegar del pasado. Con esa doble negación impide cualquier *posibilidad de futuro*. El nihilista, ante todo, lo que ansía es la destrucción; allá donde prevalece su presencia, el nihilismo convierte en guerra y conflicto todo lo que le rodea *con su terrorismo verbal y práctico*. Mientras exista algo por destruir el nihilista afirmará su autoridad. Es *un jugador de la nada* que se ha desprovisto de cualquier tipo de referente moral y que aspira a conseguir sus objetivos independientemente del coste que lleve alcanzarlos.

En opinión del pensador galo, en esa concepción influye la falta de una referencia religiosa, tras haber rechazado el mundo civilizado, la misma existencia de Dios. No obstante, esta actitud es sólo una posible manifestación del fenómeno, pues el nihilista puede aparecer disfrazado de un fervor teológico, mientras reclama a sus seguidores la trasgresión de la ley divina. Esa capacidad de mutación y de camuflaje le puede hacer aparecer como una víctima, o como un ciudadano dócil, con el ánimo de levantar compasión y aprecio. Su adaptación a las reglas y normas no deja ser sino un engaño para poder desencajarlas con más facilidad. *Sólo tiene en cuenta el “orden” para romperlo mejor.*

Al nihilista no le importa, ni le preocupa el daño que pueda hacer a los demás, carece de remordimientos e ignora su propia maldad, tampoco se preocupará de defenderse o justificarse. Es un ser que se burla de la moral, capaz de engañar tanto a los otros como a sí mismo, sin conciencia, y que en realidad se define en negativo: por lo que no tiene. No se plantea un porqué y ante cualquier tipo de objeción responderán con un ¿por qué no?, aunque la objeción provenga como reproche a sus propias acciones criminales y desviación de conducta.

*Manipulador de conciencias*, y dotado de buenas capacidades en la disertación, actuará según las circunstancias. Así, haciendo llamadas a la masa con discursos revolucionarios, destrozará un pueblo o una aldea; o bien, temporizará, siguiendo la corriente de la causa capitalista y arruinará todo lo que no se pueda traducir a beneficios monetarios; o, simplemente, como activista de la *revolución conservadora*, arrasará la situación presente para volver a establecer lo que existía previamente. El nihilista se considera más un demoledor que un hombre con proyecto y de su cuerpo surge una violencia que pone de manifiesto una voluntad destructiva sin límites.



Actúa por la más pura y simple destrucción. El calibre de sus hazañas varía en función de los medios de devastación con que se dote, pero un solo cuerpo le basta para rubricar su profesión de fe y grabar en las carnes destrozadas: “Torturo luego soy”.

Siguiendo a Dostoievski, al que Glucksmann cita repetidamente, cabría preguntarse ¿de dónde salen estos nihilistas? No salen de muy lejos, están entre nosotros. Por eso el nihilismo debe ser entendido como una aptitud, como una opción de actuar.

*El nihilismo existe por sí y para sí. Define una relación consigo mismo, una relación con el otro, un modo de estar juntos y de enfrentarse al mundo exterior. Abarca al conjunto de lo que los economistas y sociólogos denominan “modos de vida” y los especulativos “visiones del mundo”. Se manifiesta, pues, como una práctica que afecta a todo, naturaleza y cultura, bajo un ángulo que marca su especificidad: es un ejercicio de crueldad.*

Para el nihilismo, en sus relaciones de destrucción, no existen límites geográficos. El otro, el vecino, debe ser contagiado. El nihilista debe tratar al que no lo es, de forma adecuada, hasta que reconozca su propia debilidad, hasta que se doblegue. Su actividad trastorna; no sólo trata de terminar con las defensas del otro sino que pretende la neutralización de la misma capacidad de aguante del adversario. Ataca el interior de su víctima mediante una *devastadora intrusión en su conciencia*, hasta doblegar su voluntad y capacidad de resistencia futura.

El nihilista actúa con la impunidad que provoca la maldad; le da lo mismo la propia perversión a la que se somete que pervertir al otro, y lo hace sin esconderse, más bien al contrario, goza exhibiéndose como medio de conseguir mayores cotas de mercado. Para ese *hombre nuevo*, todo crimen que le permite conseguir mantener las relaciones de fuerza no debe ser considerado como tal; la estafa como medio para acumular riqueza es algo normal; y la mentira para adquirir la primacía y el control ideológico debe ser admitida. Toda esa actividad no es sino fruto de la *normalidad*.

Aunque el verdadero motivo de su existencia se justifique, como indica nuestro autor, en un *mato luego existo*, el desafío del nihilista no consiste en actuar con intervenciones puntuales, ya sea mediante un crimen, un atentado o cualquier otro tipo de trasgresión de la legalidad. Su verdadero reto, el que otorga al nihilismo su auténtico significado y entidad, es el de la

*subversión radical y completa de la sociedad.* Esta tarea, que Glucksmann denomina *desorden sistemático*, se lleva a cabo mediante la puesta en escena coordinada de tres agentes diferentes: los *activistas*, especialista del insulto, la injuria y la calumnia, encargados de encender la llama de la *bomba humana*; el segundo, es la población, el gran público, la opinión que se genera entre las masas y es ejercida por diferentes protagonistas mediáticos, ya sea el periodista que justifica el crimen, el maestro cuya asignatura es el odio y la injuria, o el escritor que confunde a la víctima con el verdugo; por último, y como tercer agente, el *jefe*, que aparece idealizado como un nuevo Mesías.

Estos tres actores se movilizaron el 11 de septiembre, especialmente el segundo: la opinión pública que actuó con un difuso posicionamiento ante unos hechos nítidamente criminales. En múltiples foros todo fue válido para tratar de justificar lo que era un atentado terrorista injustificable. Se habló de la arrogancia de los americanos, se trató de presentar como un acto de emancipación de los pobres sobre la riqueza insultante de los poderosos, se idealizó como un acto de David contra Goliat, o bien, se pretendió justificar como la lógica reacción ante una tirana e inexistente opresión. En definitiva, *se declaró a la víctima culpable. El odio y la envidia convergieron.* De esta manera una buena parte de la opinión pública mundial sucumbió a las prácticas nihilistas.

Conviene, además, no dejarse deslumbrar ante el supuesto y pretendido acto de sacrificio supremo, que llevaron a cabo los piratas aéreos en la mañana del 11-S. Glucksmann es radicalmente crítico con cualquier apelativo que pretenda otorgar tintes de heroicidad, y de valor excepcional, a la acción de Mohamed Atta y sus acompañantes. *El asesinato y el suicidio están al alcance de todos* y a lo largo de la historia, y en la vida cotidiana, tenemos permanentes ejemplos. Como indica el escritor galo, *el valor de la bellaquería es enormemente común y llena la página de sucesos.* El suicidio nihilista lo que nos quiere dar a entender es que siempre será mejor la muerte que *morir en vida.*

Con lo indicado hasta ahora no queda claro si nos encontramos ante una ideología, ante un fenómeno social, o un movimiento religioso que pretende esa destrucción. Nuestro autor indica que el nihilismo no es doctrina, ni catecismo. Esa indefinición del concepto del nihilismo es, quizás, una de los reproches que con más insistencia se hacen a Glucksmann. Esas críticas surgen, especialmente, entre aquellos que consideran que los motivos bélicos que conducen a la guerra, tienen su origen en factores socioeconómicos o geopolíticos. El filósofo francés se

defiende indicando que esas justificaciones son *demasiado estrechas para comprender un espíritu combatiente tan netamente estructurado*.

Para el escritor galo el nihilismo es *una silueta insólita* que se encuentra *presente en todas las ideologías destructoras* ya sea nazismo, comunismo o islamismo y, por supuesto, en los movimientos terroristas. La tentación nihilista, como actitud, se encuentra tanto en las personas, los gobernantes, las sociedades, en oriente y en occidente,... sin embargo, como decía el escritor francés en su libro *Dostoievski en Manhattan*:

*Como voluntad de negación y deseo de destrucción, encuentra su lugar y explicación entre las sociedades humanas como respuesta extrema y catastrófica a un desarraigo creciente.*

El fantasma del nihilismo utiliza y se sirve tanto de las antiguas creencias o las ideologías pero sin la más mínima consideración hacia ellas. *Reivindica la trasgresión como signo de su elección*.

*Sean o no religiosos, los nihilistas son unos “antinomistas” fuera de la ley. Practican una doble ruptura: con el mundo “enemigo”, y con la comunidad “amiga”, a la que pretenden regenerar a la fuerza. Cavan así en cada cultura el abismo al que precipitan a los otros, y a veces a sí mismos, bajo la enseña nihilista del no hay nada que perder ni nada que salvar.*

El nihilismo no trata de edificar nuevas creencias, de elaborar una nueva religión, ni promulgar un inédito catecismo, su credo no se establece en torno a una idea o ideología, sino a su ausencia, usa las ideas a su antojo. Las ideas sirven, en su empleo nihilista, para *ordenar el rebaño de los débiles*.

La estrategia que desarrolla el nihilista se basa en emplear las armas de la modernidad contra la propia cultura que las origina. El eje de sus ataques se dirige hacia la burocracia civil y militar, así como contra el capitalismo y el desarrollo burgués. Para su expansión, se apoya tanto en las grandes, como en las pequeñas estructuras sociales, *que diseminan sus metástasis por el conjunto de la ciudadanía*. Así pues, no estamos en presencia de ningún *delirio ideológico*,

ninguna parcela de nuestra sociedad se encuentra libre de proporcionar al nihilismo circunstancias favorables para sus fines.

En esa estrategia se contempla la búsqueda de su propia impunidad, lo que consigue mediante las armas de destrucción masiva, entre las que se incluyen, no sólo, las armas nucleares, sino también, las químicas y bacteriológicas. Para Glucksmann, experto en asuntos relacionados con la disuasión, el gran error de Ben Laden fue el buscar refugio en las cuevas de Tora Bora en vez de garantizarse un *santuario* nuclear que lo hubiera hecho invulnerable. Siguiendo con los conceptos de la disuasión, el escritor francés señala que en el ataque a Nueva York el terrorismo nihilista fue la *espada*, pero le faltó *el escudo* para detener el contraataque. En este sentido, Sadam Husein es, para el filósofo galo, un ejemplo palpable del nihilista que tenía ambiciones sin límites, pues buscó su impunidad mediante el desarrollo de un vasto campo de armas de destrucción masiva.

Entre los nihilistas no existen lazos que los comprometa en un mismo cometido ideológico. Nada une la diferente amalgama de los más *diversos y antagónicos compromisos*, ya sean nacionalismos, anarquismos, autoritarismos etc. No existe una doctrina o un credo que cohesione a los nihilistas y los incite hacia el terror. Lo que representaría la doctrina única, *la línea del partido*, surge más tarde. La comunidad de intereses descansa en el crimen cometido en común, la sangre derramada une como *una piña* a la colectividad nihilista. Ya sea entre los ejecutores en el poder o la de aquellos que callan sometidos a los anteriores.

El nihilismo se manifiesta de dos maneras diferentes: mediante la acción, nihilistas activos, dentro de esta categoría se podría incluir la actuación del ejército soviético en Chechenia, donde Putin está llevando a cabo una implacable represión y cometiendo crímenes abominables contra los derechos humanos, actuando mediante el terror *con premeditación y alevosía*; y por medio de la inacción, nihilista pasivo, que estaría representado por la apatía que permite que estos crímenes se cometan. En este sentido, la intervención aliada en Afganistán es una clara acción antinihilista.

La sociedad que se deja contagiar por el nihilismo es, según el filósofo francés, una sociedad *bloqueada*, y en estas circunstancias esa sociedad se lanza, cuesta abajo, sin meta y sin rumbo. En esa situación todos participan, por un lado los fuertes que con su *pasión lúdica* hacen del orden mundial un juego, que no temen nada, y que todo lo arriesgan; por otro, los débiles,

paralizados por el miedo, se refugian en su pasividad. Es la dialéctica, citada por Glucksmann, del amo y el esclavo. El nihilista activo disfruta destruyendo, mientras el pasivo se deja manipular y engañar por el activo pagando un alto precio por su protección. Cada uno se sirve del otro buscando su *imagen complementaria e invertida*, reforzando la vergüenza del otro y es que *la ebriedad del poder se apoya en el poder de la ebriedad*.

El toque de atención del escritor francés, al igual que en su día nos alertara Nietzsche, es claro: el nihilismo representa un peligro mundial, es un ataque contra la propia civilización, una *lucha contra la cultura. El rostro de la muerte es la gran sacudida que despierta*. No se puede tampoco tratar de excusar tanta maldad imputándola a algún tipo de defecto o carencia de los nihilistas. Más bien al contrario gozan de una buena posición, inteligencia y preparación. Así pues, el nihilista no es ningún miserable, ni un disminuido que inspire clemencia o misericordia. Existe entre nosotros, es una amenaza visible y no se trata exclusivamente de fantasmas rusos o islamistas:

*En el inicio del siglo XXI es obligado constatar que el nihilismo moderno existe hoy más que nunca, y no sólo en su cuna rusa; y que funciona, y no sólo entre los “bachilleres” revoltosos, que demuestra ser un método planetario de toma y ejercicio del poder.*

Quizás después de todo lo indicado pudieran aún quedar ciertas dudas sobre quienes son, físicamente, los nihilistas. Pudiera interpretarse, tras lo acaecido en Nueva York el 11 de septiembre, que el nihilismo podría estar representado por los musulmanes totalitarios; pero la exclusividad del mal no es patrimonio de los *islamistas* fanáticos, ni de una religión en particular. Como dice el escritor francés, *la tentación del nihilismo desborda, y de lejos, la nebulosa árabe-musulmana*. Ciertamente, los componentes de Al Qaeda son un exponente del nihilismo militante, de la misma manera que otras organizaciones similares hacen del terror su forma de actuación, para destruir el orden establecido en vez de tratar, pacíficamente, de construir uno nuevo.

Pero no se trata sólo de organizaciones con ingredientes más o menos terroristas las que se hacen acreedoras a este calificativo; para el pensador galo, también son nihilistas los gobiernos, como el de Putin en Rusia en su represión chechena, que hacen uso del terror con *deliberación y alevosía*.

En su teoría sobre el carácter nihilista del atentado terrorista del 11-S, el pensador galo no sólo rechaza la visión parcial de una acción específicamente islámica, sino que rebate la tesis de Huntington de que pueda considerarse como “un choque de civilizaciones”. Según su opinión, Manhattan lo que demuestra es justamente lo contrario; se ha producido *un choque* pero dentro de una misma civilización, pues sus consecuencias han dividido extraordinariamente al mundo islámico. Así, lo confirma la situación vivida en países como Pakistán, Afganistán o Argelia. Pero esa división no ha sido exclusiva del ámbito musulmán sino que en Asia, en Hispanoamérica, o incluso en Europa, se han buscado razones para comprender y justificar el brutal atentado o incluso para legitimarlo. Por todo lo indicado, Ben Laden en vez de aunar fieles en la fe agrupó fuerzas que compartían su odio.

De lo indicado en los párrafos precedentes se desprende que existe una clara relación entre terrorismo y nihilismo; por ello resulta esencial combatir el nihilismo si queremos erradicar el terrorismo. Si bien, la lucha no es fácil pues el nihilismo no es exclusivo de los terroristas, gran parte de la humanidad se ha instalado en este concepto.

## **EL COMPROMISO Y LA DISIDENCIA**

Para entender alguna de las medidas que propone el pensador francés, en su combate contra el nihilismo, es necesario revisar previamente algunos aspectos esenciales de su filosofía y una constante que se manifiesta a lo largo de toda su obra: se trata de su comportamiento crítico hacia muchas de las concepciones preestablecidas y su compromiso contra lo que considera situaciones de injusticia. Ese comportamiento crítico le lleva a adoptar posturas disidentes, con marcado carácter ácrata y fatalista, desconfiando y cuestionando el pensamiento y las doctrinas de los líderes y de los grandes ideólogos de los últimos tiempos.

Su libro “Los Maestros Pensadores” es una clara expresión de lo indicado con anterioridad. En él se critica el pensamiento europeo que, tras más de dos siglos de revoluciones y colonizaciones extendiéndose por todo el planeta, no ha impedido que sus métodos hayan sido capaces de terminar con *las estrategias de dominación* ni con la resolución de los problemas.

De esas críticas no se libra el poder que se apoya tanto en los Textos, entendidos como los reglamentos y el ideario doctrinal, como en los fusiles y los tanques. Su repulsa a recurrir siempre a esos Textos es radical y próxima a la acritud. Para nuestro autor más que las *cadena de la esclavitud forman parte de esa esclavitud*, y son una herramienta para el sometimiento. La existencia de esos idearios, de esa normativa legal voluminosa e incomprensible, sume al ciudadano en una enorme confusión que le lleva a admitir su ignorancia, su completa inferioridad, y reconocer en el Texto la existencia de la verdad y la respuesta a sus preguntas e inquietudes, bloqueando sus propios mecanismos de raciocinio y fomentando el proceso de imposición del poder sobre los ciudadanos. En realidad, lo que el filósofo francés reclama es el derecho a que cada hombre pueda pensar por sí mismo y que nadie lo haga por él. El resultado es que todo reconocimiento de ignorancia es una *confesión de obediencia*. De esa manera el súbdito, el esclavo, reconoce que el saber justifica y hace ineludible su penosa situación.

No se libran de su ataque, las ideologías, que para nuestro autor han sido las auténticas responsables que han favorecido, como *agentes de transmisión*, las grandes cribas del siglo XX. El punto de apoyo de estas ideologías es el poder del Estado. Precisamente fueron *los maestros pensadores*, creadores de esos pensamientos, los que proporcionaron elementos racionales a los Estados para sus propias actuaciones. En realidad, para nuestro autor, los *maestros pensadores* no es que hayan creado los campos de concentración sino, más bien, que no hicieron nada para impedirlos. Simplemente no han actuado contra un terrorismo que venía disfrazado de Revolución, de Ciencia, o del propio Estado.

Foco principal de esas críticas es el marxismo y el nazismo, ambos dentro del marco europeo y por tanto de una manera extrema de europeizar. Del primero, y de los textos leninistas, subraya la fuerte implantación de ese ideario lo que ha llevado al pueblo al exterminio y al archipiélago GULAG; del segundo, su rechazo, queda elocuentemente reflejado en el párrafo siguiente:

*La cretinización de un pueblo alcanza un grado de intensidad todavía inigualado bajo el nazismo, y cada uno participa en él según sus capacidades, hasta el gran filósofo o el director de orquesta pasando por el 99% de la administración, de los militares, de las profesiones liberales y del conjunto del cuerpo docente..... De punta a punta europea, la Alemania nazi no cesa de ilustrar lo que sucede cuando se obedece las leyes sin protestar.*

El marxismo, al que Glucksmann denomina el *canibal del siglo XX como devorador de hombres*, terminó revolviéndose contra las masas populares cuando, en teoría debería haber estado siempre al lado de ellas. Según él, fue una doctrina que preconizó la sociedad sin clases y terminó creando esclavos. Tras la muerte de Lenin se inició una depuración de todos aquellos contestarios mientras se aseguraba la infalibilidad de los adeptos al régimen. De esta manera, el marxismo consiguió silenciar el auténtico conocimiento centrando todos sus esfuerzos en *conquistar, mantener, y consolidar el poder en el siglo XX*; sólo tenía razón el que poseía el poder. Pero no sólo eso, como consecuencia de las purgas, el marxismo consiguió cercenar todo lo que unía a los rusos, sus usos y costumbres, sus tradiciones y pasado, generando un estado de opinión, en el que cada ciudadano se convirtió en un espía de todos los que le rodeaban.

La receta de Glucksmann contra esas situaciones injustas, es clara: la contestación. Así, en la época en que escribe “Los maestros pensadores” (1977), la disidencia rusa, las protestas de la guerra de Vietnam, o la actividad contestataria en Occidente, son muestras para la esperanza en un mundo mejor. De hecho, en el mundo económico, el verdadero factor de crecimiento hay que buscarlo en las huelgas y en las manifestaciones que han movilizad la actividad creadora y las mejores condiciones de trabajo. De todas las contestaciones la que más se echa en falta es la que debería haberse producido contra el marxismo que ha causado millones de muertos en los campos de concentración.

Según lo indicado, por el escritor francés, el Estado moderno quedará definido, como tal, en función de las posibilidades de hacer efectiva esa contestación:

*Aprovechemos la ocasión para adivinar lo que diferencia a las potencias modernas. No la ausencia o la presencia del terrorismo estatal (totalitario) que existe por doquier, sino las condiciones en que se puede luchar contra él —las posibilidades muy concretas de comunicar su opinión, de hacer huelga, de manifestar, de examinar las cuentas de los grandes, de detener una guerra colonial o imperial o de prohibir que comience secretamente.*

La línea marcada por el pensador galo se reafirma en otras obras, así en “La cocinera y el devorador de hombres” escrita en 1975, Glucksmann indica, ante la situación de lo acaecido en los campos de concentración rusos, que *la falta de contestación*, y la ausencia de voces



contrarias a las matanzas de los que piensan diferente, *resulta insoportable*. Es paradójico que nos estemos llevando las manos a la cabeza con lo sucedido en los campos nazis y no se le dé la menor importancia a los horrores de los campos rusos. Todo ello en contradicción con los valores que defiende el marxismo, lo que añade a esa situación un demérito aumentado de *cinismo e hipocresía*. La presencia de los campos no se nos aparece por *casualidad*, y su existencia provoca, por un lado, la percepción de un horror, y por otro, *la sorda complicidad de su existencia*. Por ello ni el liberalismo, ni el marxismo, son inocentes de lo acaecido, porque las complicidades de su existencia se han creado fuera de los campos. Para nuestro autor tan responsables fueron la Rusia de Lenin, como la Europa de Churchill, la América de Roosevelt o los partidos de carácter revolucionario.

*Empezamos a sospechar: si Europa occidental ha dejado que se desarrollaran los campos sin reaccionar demasiado es porque los había inventado sin estremecerse.*

Pudiera pensarse que la resistencia individual contra todo un aparato represor es inútil, pero no es así, ya que no sólo es posible sino que esa resistencia es positiva. La maquinaria represiva puede ser derrotada, ya que cualquier *grano de arena bloquea el mecanismo*. Una resistencia bien encauzada puede favorecer la manifestación y la protesta. Su verdadera importancia consiste en que mediante su ejercicio se alcanza el conocimiento y con él la posibilidad de derrotar al adversario. No escatima Glucksmann la dureza de esa resistencia, que puede pagarse con la vida, pero más dura es la *naturaleza "canibalesca"* del aparato opresor. Ni que decir tiene, que si la resistencia individual es efectiva ¿cómo no admitir que una resistencia a nivel Estados podría tener efectos decisivos?

Así, la sociedad rusa y Occidente son cómplices; podían haber ofrecido una mayor resistencia y no se prestaron a ello. Con una mayor presión por parte de los países foráneos, tanto los dirigentes nazis, como los dirigentes soviéticos, podían haber cedido. De hecho, los organizadores de los campos cuentan en sus cálculos con esas complicidades, ya sean éstas activas o pasivas. No puede admitirse la situación de terror como una *fatalidad*, como algo que debe aceptarse sin más, la renuncia a actuar contra el terrorismo estatal fomenta *su pervivencia y extensión*.

Así, cuando Soljenitsyn es detenido y expulsado, el filósofo francés se queja amargamente de la reacción occidental, independientemente de que la posición política de los que habían reaccionado fuera de izquierdas o de derechas, y de la rapidez en olvidar las atrocidades soviéticas. Esa postura bautizada como complicidad intelectual representa lo que denomina un cretinismo de izquierdas y, en menor medida, un cretinismo de derechas. Resultaba inaceptable que entre las elites se considerara a la URSS como un Estado *revolucionario, obrero, socialista* cuando no cumplía con ninguno de los tres calificativos y, por tanto que no se hubiera reaccionado de la manera adecuada.

Como puede observarse, la evolución contestaria, y con ciertos tintes de acritud, del filósofo francés de sus primeros años contra las diferentes posturas ideológicas predominantes en el siglo XX, con altas dosis nihilistas, va a derivar hacia posiciones más pragmáticas pero siempre comprometidas, polémicas y arriesgadas. Su preocupación y posicionamiento contra el fenómeno de la violencia y la injusticia continua totalmente vivo. En los albores del siglo XXI el compromiso y la disidencia se dirige a atacar un enemigo poco definido y volátil, que se encuentra presente en esas ideologías. La resistencia, tanto individual como colectiva, debe ser canalizada contra una amenaza mucho más difusa que carece de Texto y de una ideología concreta: el nihilismo.

## **AFRONTAR EL PROBLEMA**

A las pocas horas de que en Manhattan se pararan los relojes, ciertas voces predicaban un discurso de tranquilidad; grave error si esa demanda perdura en el tiempo. Lo que pudiera ser fruto de un intento de contener el pánico en los primeros momentos, no debe perdurar, porque de lo contrario el tiempo matará *la emoción y borrará el acontecimiento*, dejando en el olvido lo que fueron unos hechos extremadamente graves. Y entonces, según Glucksmann, ¿qué podemos hacer?:

*Identificar y castigar al asesino no es más que un primer paso. Falta comprender la voluntad deliberada que organiza el suceso. Y, para comprender, hay que saber volver a encontrar la emoción.*

No se puede admitir que ese *mantener la calma* haga olvidar el crimen. El acto terrorista que nadie esperaba se ha hecho realidad, el atentado que no entraba en los pronósticos, ha estallado en pleno corazón de Nueva York. Desde este momento puede volver a repetirse en mayor o menor escala. En realidad, el 11 S sorprendió nuestra tranquilidad y evidenció que *el nihilismo prosigue su larga marcha a espaldas de las mayorías tranquilas*.

Según el filósofo francés no tiene sentido, en absoluto, mantener una postura ambigua para actuar contra el terrorismo nihilista. Glucksmann que se atrevió a “descriminalizar” las bombas de Hiroshima y Nagasaki, porque evitaron más muertes de las que causaron, no tiene reparos en criticar las posturas pacifistas. Para poder llevar una existencia pacífica, que nuestro autor fija en la ciudad como paradigma de la convivencia, se deben dar una serie de condiciones: la educación de los necios, *la represión policial y militar del destructor furioso*, y el control de la violencia. Sin embargo, las tendencias pacifistas rechazan la guerra como una opción que el escritor galo considera como *nada pacifista*. Ante los ataques externos y para defenderse, la guerra, como opción, es necesaria. Las democracias deben defenderse contra el mal, y así hacer *la guerra contra la guerra*.

*¡Abajo la guerra! Bella consigna, mueca de humanismo que permite dormir hasta que las estrategias nihilistas vuelvan a atacar por sorpresa. ¡Allá aquellos que sean asesinados durante la siesta! .... Junto al insensato que prefiere la guerra a la paz habitan los que eligen vivir en paz con sus prójimos, consigo mismos. Se creen sagaces porque ignoran al insensato, que no les ignora a ellos. Feliz y profundamente dormidos, hilvanando dulces sueños, olvidan que se están afilando los cuchillos. Así, a través de otro lance de locura, que diría Pascal, demuestran que, aunque tranquilos, no por ello son menos insensatos.*

El filósofo francés, ante tanta pasividad, se pregunta para qué se gastan los Estados de la Unión Europea el dinero en el mantenimiento de sus ejércitos, si luego no existe voluntad política de emplearlos contra la barbarie. Europa no comprende que se enfrenta a las guerras del futuro, mientras sigue anclada en concepciones bélicas de antaño. La diplomacia que desarrollan los europeos carece de fuerza coercitiva. El viejo continente, la gran potencia económica, *muestra las señales de un desarme mental, moral y militar* y se dedica a mendigar a los norteamericanos que vengan a finalizar la tarea que iniciaron hace 50 años. No obstante, en ese rechazo ante la falta de decisión militar europea, Glucksmann también extiende su crítica a los

EEUU. El 25 de abril de 1993, en una entrevista concedida al Diario el Mundo bajo el título “Lágrimas de cocodrilo”, sobre el avispero de los Balcanes, el filósofo francés indicaba lo siguiente:

*¿Para qué tenemos Estados Mayores? ¿Es concebible que los ejércitos de EEUU, del Reino Unido, de Francia, de Italia etc. sean incapaces de hacer recobrar el sentido común al antiguo Ejército Rojo de Yugoslavia? ¿Es posible imaginar que la OTAN, creada para frenar el poderío de la Unión Soviética, se limite a levantar las manos horrorizada ante la posibilidad de que Belgrado inicie una “guerra serbo mundial”. Si ningún soldado arriesga su vida, si ningún general afronta la posibilidad de sufrir bajas, más nos valdría gastar todos nuestros presupuestos de defensa en enterradores.*

Tras los sucesos de 1989 se desvaneció la amenaza de un enemigo monolítico pero el riesgo se mantiene, existe una violencia destructora, a nivel global, que es necesario desterrar, en ocasiones de forma arriesgada, con medios militares. Precisamente, y en consonancia con lo defendido en párrafos precedentes, el pensador galo, se muestra partidario de la intervención norteamericana en Afganistán, mientras que por el contrario considera que a Estados Unidos le está faltando resolución para intervenir contra el gobierno estalinista de Corea del Norte, que ha asesinado de hambre a casi tres millones de personas. Ante tan claras actividades nihilistas entre las que se incluye no sólo la situación de Corea del Norte, sino también la de Milosevic en Kosovo, o la de Putin en Chechenia, no se puede permanecer inactivo sólo porque el nihilismo posea cierta inmunidad nuclear. Según el filósofo francés hay muchos males que se podrían haber atajado a su debido tiempo mediante *intervenciones puntuales*.

Sin embargo, no es difícil comprobar que Europa digiere mal muchas de estas intervenciones, especialmente la más reciente de EEUU en Irak. Cuando los norteamericanos descubren en Manhattan la *perversión absoluta*, Europa contemporiza tratando de olvidar que *el puro nihilismo existe y prolifera*. Los europeos creen que tras los procesos de descolonización podían mantenerse al margen de los asuntos del mundo. *Encerrarse en una burbuja geoestratégica*. Preocupados sólo de nosotros y olvidando el exterior. Esto es ciertamente la *negación patética* de la lección aprendida en Manhattan: existe un *terrorismo muy poco costoso y demasiado eficaz*.

Admitimos, sin problemas, que el criminal debe ser detenido, juzgado y castigado y que por tanto Ben Laden debe pagar por sus atrocidades y su organización eliminada. Sin embargo, somos frágiles de memoria con tendencia a *perder la emoción y a recuperar los prejuicios* y pensamos que, a la postre, no pasará nada, y que *el tren de la modernidad* no terminará sufriendo *la suerte de las Torres Gemelas*. En esa pérdida de memoria no nos damos cuenta que, precisamente, los terroristas aprovecharon nuestra amnesia y que el próximo sobresalto volverá a surgir súbitamente sin ningún tipo de alerta previa.

Pero no sólo hay pérdida de memoria, hay una *ceguera recurrente* que lleva a que se repitan los errores de antaño, tales como: la postura norteamericana en Afganistán; el adormilamiento de Europa; la complicidad occidental en el genocidio de Ruanda; el apoyo de EEUU a Pakistán, Estado clave para la pervivencia de los talibanes; el nihilismo fundamentalista desplegado en Argelia; la *bendición* que Occidente hace de Putin y su gobierno; o la ceguera ante el genocidio checheno que se interpreta como lucha antiterrorista. Además, los grandes se siguen olvidando del dolor de los otros, manifestando una preocupante *insensibilidad frente a la crueldad*. No hay previsión para que no se produzcan las atrocidades de siempre, precisamente cuando la cantidad y la calidad de la información disponible son inmejorables. Es evidente que cuando se produce un horror acontece porque es posible. La sociedad global, incluidos sus intelectuales, se ha vuelto *abúlica* y se muestra en un claro estado de *anestesia general*.

*La incapacidad de concebir, de prever, de prevenir la criminalidad a gran escala de los Estados, tanto pequeños como grandes, pone de manifiesto una deficiencia mental recurrente y, desde hace tres siglos, dominante. Desde el surgimiento de la Europa moderna, las mejores cabezas han desarrollado esta grave patología.*

En su libro Dostoievski en Manhattan, el escritor galo es especialmente crítico ante la falta de decisión de los países occidentales en combatir el terrorismo de Estado que Rusia está ejerciendo en Chechenia. De hecho, los chechenos sólo despiertan simpatía pero total incomprensión. Glucksmann considera que en *esa cuna perdida de la humanidad* Europa se juega una parte de su destino. Lo cierto es que parece que el viejo continente no dispone de voz. Para el filósofo francés Europa lleva un *retraso intelectual enorme* porque no se ha dado cuenta de los enormes cambios producidos en un mundo en el que entran en juego nuevos poderes destructivos. *Europa prefiere dormir.*

Ya en Kosovo Europa no estuvo muy acertada aunque, finalmente, y muy poco a poco, se puso en acción. Todo ello después de los repetidos llamamientos efectuados por un grupo de intelectuales a las potencias occidentales para poner fin al terror de Milosevic. Inicialmente se dejó que la situación se pudriera; de esta forma la *indiferencia* de los poderosos provocó más de 200.000 muertos. Para nuestro autor la acción aliada en ese país balcánico fue, más que una acción, una reacción. La OTAN en realidad lo que hizo fue interrumpir una escalada infernal, aunque al menos consiguió evitar la muerte de un millón de kosovares. En ese conflicto también “*los pacifistas incondicionales*” se manifestaban contra la intervención y a favor de la *pasividad*. Sin embargo, por Chechenia sólo alguna manifestación aislada, ni protestas diplomáticas, ni presiones económicas y financieras, ni llamadas de los embajadores, ni una mínima condena. *Los principios se pasan por alto.*

Pero la historia tiende a repetirse. El 9 de marzo de 2003, en una entrevista publicada en el ABC, cuando todavía no había comenzado la guerra contra Irak, el periodista preguntaba al pensador francés sobre la posibilidad de que se iniciara un nuevo conflicto en el Golfo Pérsico, a lo que Glucksmann respondía que el fondo del problema, la primera derrota, era precisamente no hacer nada. *El gran desastre, la gran tragedia, sería seguir dejando que pase el tiempo sin tomar acción precisamente en presencia de un terrorista como Sadam, al que califica de criminal ambicioso, que se ha establecido en el terror permanente contra su propio pueblo. Así, lo que debería preocuparnos es, precisamente, que la situación continuara enquistada con el sátrapa en el poder.*

No obstante, y a pesar del peligro que todo este terrorismo nihilista engendra, alguna de las principales potencias europeas se alinean, por su tibio posicionamiento, con aquellos que provocan el terror y la violencia. Así, su crítica se centra en la postura alemana y francesa que tilda de demagógica.

*Los gobiernos de París y Berlín deberían recordar que, en democracia, las decisiones no se toman a través de los sondeos de opinión ni las manifestaciones callejeras; sino que son responsabilidad, sin duda, de los gobiernos elegidos libremente. Los gobiernos de Praga, Sofía, Varsovia, Londres y Madrid son tan legítimos y democráticos como los de París y Berlín. Dar tiempo al tiempo es dejar que se complique el problema de fondo. Los aplazamientos hacen el juego a Sadam.*

Dentro de esa inacción general, Rusia está también en su punto de mira. Para nuestro autor, el país de los zares ha gozado de una especial consideración de europeísmo, de unas ayudas que se han dilapidado, de una *exención moral* incomprensible, convirtiendo todo lo que allí ocurre en un *espejismo* que ha conducido a *tres siglos de ceguera psíquica voluntaria, muy compartida y demasiado alimentada*. Se produce así la extraña circunstancia que los momentos más importantes de Occidente los fija *el reloj de la Gran Rusia*.

En realidad, lo que sucede es que la sociedad se está dejando invadir por el nihilismo, convirtiéndose en una sociedad *bloqueada*. De hecho, nos estamos acostumbrando al horror. En esa opción nihilista todos participan, los países fuertes y los débiles. Los fuertes esforzados en *erigir su pasión lúdica y singular en regla universal*. Occidente cierra los ojos y continúa tranquilo. Los débiles sumidos en una pasividad *general y contagiosa*. Para el filósofo francés la posición del mundo con respecto a Chechenia, antes indicada, es un mensaje que el nihilismo aprovecha a su favor. El nihilismo siempre se desarrolla sobre un *crimen cometido en común*.

Así, el problema consiste, en que se termina viviendo en una esclavitud voluntaria. La dificultad ya no son las armas o la superstición, sino la coacción ejercida por ciertos poderes *despóticos* que acaban ejerciendo una influencia que termina por hacernos retroceder en nuestras propias ideas y convicciones. Por ello, es necesario protegernos mediante la elaboración de una *estrategia intelectual* que desenmascare todo el camuflaje que acompaña a esa corriente de esclavitud.

Esa estrategia pasa por tanto por combatir a muerte el nihilismo:

*El europeo vive sin Dios, y es obligado constatar que vive bien. Pero también vive como si el mal no existiera, y corre el peligro de acabar mal.*

Tampoco podemos dejarnos atemorizar por el terrorismo porque entonces el terror habrá ganado la partida. Glucksmann asimila esta situación a la que se produciría si los bomberos dejaran de actuar por temor al fuego, o bien, si la policía se queda en casa por miedo a los criminales. Si nos paralizamos por cobardía habremos entrado en una *selva de proporciones planetarias*. Nuestra sociedad, de forma sorprendente, infravalora el salvajismo como lo

demuestra el caso de la ex-Yugoslavia donde se produjeron matanzas por razón de raza y religión. Sólo hasta que el horror no salta a los medios no adquiere su dimensión.

## **EL DERECHO DE INJERENCIA**

Si bien en el apartado anterior queda bastante clara cual es la posición de Glucksmann en relación con la pasividad de Occidente sobre todo lo que acontece en el globo, y en particular, con el avance del terrorismo nihilista y el nihilismo en general, nada hemos detallado sobre las limitaciones que las leyes internacionales imponen a las soluciones propuestas y cómo, según el filósofo francés, se debe actuar.

Para el pensador galo el derecho internacional no puede amparar las atrocidades que determinados gobernantes ponen en práctica dentro de sus fronteras. No es admisible *el derecho ilimitado de un Estado de hacer lo que le plazca* entre sus súbditos. En un artículo que bajo el título: “La guerra que desgarró a Occidente”, publicó en el diario Clarín, el 15 de abril de 2003, el filósofo francés critica, con motivo de la intervención de los Estados Unidos en Irak, al que denomina como “bando de la paz”, compuesto por Francia, Alemania, Rusia, China y Siria, a la sazón miembros del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, por su cinismo e hipocresía en el concepto del “derecho” del empleo de la fuerza. En ese mismo diario Glucksmann indica lo siguiente:

*Cada uno es rey en su casa, y a cada carnicero su tropa y sus mataderos. Reducido al principio de soberanía absoluta, el derecho internacional equivale a darle permiso a Sadam a exterminar a los suyos, a Putin a llevar sus “operaciones antiterroristas” en el Cáucaso hasta el genocidio. ¿Y por qué, retrospectivamente, no reconocer a los hutus “mayoritarios en Ruanda” el derecho a exterminar a los Tutsis?*

Para nuestro autor no es extraño que ese privilegio de la *soberanía* que ejerce el gobierno central en su propio país *seduzca* a las autoridades de ciertos regímenes en China, Rusia o Irak, lo que les permite establecer y suspender leyes a su antojo. Sin embargo, es mucho más chocante que haya demócratas que colaboren en esa idea de *soberanía garantizada contra toda injerencia*, todo ello con independencia de las atrocidades en las que se involucren los líderes despóticos.



Así, nos encontramos con que miembros con derecho a veto en el Consejo de Seguridad, pueden bloquear las propias normas que emite el mismo Consejo. Tanto Francia como Rusia y China han ejercido sus *privilegios* para evitar que un *dictador* sea derribado sin su consentimiento.

Es lamentable que *el templo de la "ley internacional"* no se mostrara tan escrupuloso ante genocidios recientes como el de los Khmers Rojos en Camboya, o el ya citado de los Tutsis en Ruanda. Pero la mayor hipocresía proviene precisamente de Francia y Alemania que, en su día, pasaron por alto el visto bueno del Consejo de Seguridad para bombardear a Milosevic y, en el asunto de Irak, exigen sus derechos y bendiciones.

No se puede trabajar con conceptos e ideas obsoletas. Igual que, en ocasiones, los Estados Mayores participan en ciertos conflictos con patrones plenamente desfasados, los *opositores* a la guerra no pueden vivir anclados en el pasado, practicando la misma oposición que se hacía durante la guerra del Vietnam. De hecho, en nada se parecen las operaciones militares llevadas a cabo por los norteamericanos en Irak, con las que en su día se libraron en el Sudeste asiático. La oposición, según los cánones de los años 60, contra Bush y Blair lo único que hacía era dar alas a Sadam. En realidad, lo que suponía era concederle un respiro para seguir masacrando a su población otros veinte años más. *Gritan "¡abajo la guerra! y el eco responde "¡viva la dictadura!"*.

No es conveniente seguir con los estereotipos, no puede admitirse que la opinión pública termine por considerar a Bush, como el principal enemigo, mientras el dictador pasa a un segundo plano. Después del 11 de septiembre está germinando una peligrosa división entre aliados. Por una lado las posiciones antiamericanas y de otro los tópicos contra la vieja Europa. El foso que se está creando entre las dos riberas del Atlántico *divide la política mundial, amenaza la construcción europea, arruina la OTAN y paraliza las organizaciones internacionales*.

Lo realmente cierto es que la supervivencia de la raza humana es una cuestión que a todos nos compromete y de la que somos responsables sin excepción. No obstante, la visión de nuestro autor, no es particularmente optimista. Los antiguos referentes religiosos que permitían combatir el fantasma nihilista se han desvanecido. Como indicaba Glucksmann en su libro "La tercera muerte de Dios", escrito en el año 2.000, tras la primera muerte en la cruz, le sucedió una segunda en los libros de los pensadores del siglo XIX, como Marx y Nietzsche, que terminaron

con la existencia de un concepto racional de Dios, definido gráficamente en la expresión del “Dios ha muerto” y aunque Dios no murió en la mente de la mayoría de los europeos, terminó por hacerlo, en los finales del siglo XX e inicio del XXI, por la cotidiana indiferencia de los ciudadanos del viejo continente que viven como si Dios no existiese.

Ante la pérdida de la referencia religiosa y de las tradiciones milenarias tales como: la familia, la educación o los vínculos sociales, no sobran las opciones de lucha contra el nihilismo. En ese compromiso de lucha Glucksmann sitúa a los creadores de opinión, es decir: *el escritor, el intelectual, el filósofo*, y el periodista. En relación con tal cometido, nuestro autor destaca la gran claridad con la que la literatura, y particularmente los escritores soviéticos, supieron afrontar el fantasma del nihilismo mostrando su carga mortal y la proyección devastadora que provoca. Para el filósofo galo, en esa tarea, la ventaja de los escritores rusos sobre los intelectuales es más que significativa.

La vigilancia, la alerta temprana, sobre las situaciones de riesgo y la denuncia de las injusticias, debería ser la mayor responsabilidad y el trabajo que se espera de esos creadores de opinión. La mayor facilidad que posee el escritor para *escrutar en el interior del alma humana*, le permite comprender con cierta antelación las conductas de los hombres y las diferentes colectividades.

Lo que ha sucedido hasta ahora, particularmente durante el siglo XX, es que esa denuncia, ese compromiso, ha sido inexistente. Concretamente nuestros intelectuales en vez de ejercer una influencia decisiva parecen encontrarse bajo los efectos de una “*anestesia general*”. Es necesario explicar al mundo que en el “nuevo desorden global” lo que sucede en el rincón más remoto del mundo, tiene repercusiones en cualquiera de las capitales occidentales y que es imprescindible comprometerse e involucrarse en la resolución de las situaciones de violencia y opresión.

Y como receta final no podía faltar, en este escritor disidente, un canto a la resistencia que es lo que de verdad nos permitirá alcanzar la victoria. Por ello, y a pesar del escenario pesimista que nos refleja, el valor y el arrojo tanto individual como colectivo, representado por las mujeres chechenas que se suicidan con sus guardianes o la energía del pasajero del vuelo 93 de United Airlines que con su amotinamiento impidió la acción de los piratas de Al Qaeda, permitirá *contener las iras aniquiladoras*. Así, como conclusión, mientras exista ese valor, esa resistencia, siempre habrá un rayo de esperanza:

*Lo que ilumina es la sonrisa tímida de la mujer que se levanta la burka en el “Kabul liberado” con la ayuda de los soldados de Massud y de los B-52. **El nihilismo no es invencible.***